

CAPÍTULO VI

ENTRADA DE LA COMPAÑÍA EN NUEVA ESPAÑA

SUMARIO: 1. Primeras noticias de la Compañía en América.—2. Pedro Menéndez de Avilés negocia que se envíen misioneros jesuitas á la Florida.—3. Carta del Rey á San Francisco de Borja para este efecto.—4. Parten para la Florida los PP. Pedro Martínez y Juan Rogel con el H. Francisco de Villarreal.—5. Desembarca en la Florida el P. Martínez. Su martirio.—6. El P. Rogel vuelve á la Habana, de donde parte á la Florida.—7. Penosos y estériles trabajos del P. Rogel en todo el año 1567.—8. Segunda expedición á la Florida en 1568, dirigida por el P. Bautista de Segura.—9. Trabajos gloriosos de los misioneros en la Habana.—10. Traslados á la Florida, trabajan inútilmente todo el año 1569.—11. Van nuevos misioneros en 1570.—12. Intentan fundar misión en Ajacán, país distante de todo presidio español.—13. Martirio de los misioneros en 1571.—14. Abandónase la Florida para acudir á Méjico.—15. Una lucida expedición, mandada por el P. Pedro Sánchez, dirigese á Méjico para fundar la provincia de Nueva España.—16. Cédula de Felipe II para la provisión de los misioneros.—17. Entran éstos en Méjico por Setiembre de 1572.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae mixtae*.—2. *Epistolae S. Francisci Borgiae*.—3. *Regestum Lainez*.—4. *Regestum Borgiae*.—5. *Epistolae Hispaniae*.—6. Sevilla. *Archivo de Indias*. Varias cédulas Reales.

1. El hecho más importante que distinguió el generalato de San Francisco de Borja en nuestra Asistencia, fué, sin duda alguna, la fundación de las provincias y misiones españolas en Ultramar. Los primeros que dieron noticia de nuestra Compañía en América fueron aquellos dos compañeros de San Ignacio, Calixto de Sá y Juan de Arteaga, que abandonaron á nuestro santo Padre cuando éste fué á estudiar á París (1). En 1547, un maestro Negrete, vecindado en Méjico, hizo algunas diligencias para llevar jesuítas á su ciudad; pero, aunque se comunicó á San Ignacio este pensamiento, no pudo por entonces ponerse en ejecución (2). También había habido tenta-

(1) Así lo cuenta el obispo Fr. Agustín de Coruña, que vivió muchos años en Méjico, y recibió noticias de la Compañía de los dos sujetos dichos. Véase la carta de este prelado á San Francisco de Borja, en el Apéndice.

(2) *Epist. mixtae*, t. I, p. 360.

tivas para introducir la Compañía en la América Meridional. En 1555, á petición del Marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza, que pasaba por Virrey, señaló San Francisco de Borja, entonces comisario, dos Padres de la Compañía para misionar en aquellas regiones; pero, ya porque el Arzobispo de Lima se resistiese á la ida de los Nuestros, ya porque el P. Araoz no juzgase conveniente abarcar tanto, cuando la Compañía estaba aún en sus principios, es lo cierto que se suspendió la partida (1).

En 1559 renació el deseo de dirigirse á las Indias españolas, y el santo Borja dió algunos pasos para realizar esta empresa (2); pero tampoco entonces se pudo efectuar. Entretanto, difundida en América la fama de San Francisco Javier y de los otros jesuítas sus discípulos, que tantas almas conquistaban en las colonias portuguesas, brotó en muchas personas la idea de introducir la Compañía en los países sometidos á la Corona de España.

2. Llegó, por fin, la hora de la divina Providencia. El adelantado Pedro Menéndez de Avilés, encargado por Felipe II de reconquistar la Florida, donde se habían establecido herejes franceses, negoció con el Rey y con nuestros superiores que le concediesen algunos misioneros para evangelizar las regiones que esperaba sojuzgar (3). Era esto en la primavera de 1565. San Francisco de Borja, entonces Vicario de la Compañía (4), señaló á tres, pero no pudieron estar á punto en el puerto cuando salió la armada. Sintiólo vivamente el buen Adelantado, y al hacerse á la vela, en Julio de aquel año, encargó á su amigo y apoderado Pedro del Castillo que urgiese el negocio del envío de misioneros. Hízolo éste cumplidamente, y mientras Menéndez de Avilés conquistaba la Florida y la despejaba de herejes franceses, informóse á Felipe II sobre la necesidad de misioneros en aquel país, y se le propuso que pidiese á la Compañía algunos operarios para aquella mies tan abundante. Acogió el Rey la idea, y escribió á San Francisco de Borja la siguiente carta:

(1) *Epist. S. Franc. Borgiae*. Escalona 26 de Febrero 1555.

(2) *Ibid.* 9 de Junio de 1559.

(3) La primera carta de Menéndez de Avilés, pidiendo Padres para la Florida, está en *Epist. Hisp.*, VII, f. 159. Su fecha dice así: «De Madrid y de marzo de 1565.» [Falta el día.]

(4) Aunque se inclinaba á esperar la elección de General, con todo, aproximándose la partida del Adelantado, señaló á tres, (*Regest. Borgiae Hisp.*, 1564-1536, f. 99. Á Avilés. 12 de Mayo de 1565. *Ibid.*, eodem die. Al rector de Madrid. Los dos sacerdotes escogidos para la Florida son el P. Portillo, superior, y el P. Juan Rogel. Que les avise luego. Otra eodem die á los que han de ir, animándoles á la empresa.

3. «Venerable y devoto Padre: Por la buena relación que tenemos de las personas de la Compañía, y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé orden, cómo algunos de ellos se envíen á las Indias del mar Océano. Y porque cada día crece más en ellas la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor será muy servido de que los dichos Padres vayan á aquellas partes, por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversión de aquellos naturales, y por la devoción que tengo á la dicha Compañía, deseo que vayan á aquellas tierras algunos de ella. Por ende yo vos ruego y encargo que nombréis y mandéis ir á las dichas nuestras Indias veinticuatro personas de la Compañía, adonde les fuere señalado por los de nuestro Consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo, y cuales juzgáredes para semejante empresa. Que, además del servicio que á Dios nuestro Señor haréis, yo recibiré gran contentamiento, y les mandaré proveer de todo lo necesario; y además desto, aquella tierra donde fueren, recibirá gran alegría con su llegada.—Fecha en Madrid á 3 de Marzo de 1566.—Yo el Rey.—Por mandado de S. M., Francisco de Eraso» (1).

Otra carta parecida dirigió el Rey al P. Araoz (2). Recibida esta súplica, que tanto lisonjeaba el gusto del santo General, se empezó á tratar con diligencia acerca del envío de misioneros. Era imposible entresacar de golpe veinticuatro sujetos, como lo pedía la carta de Felipe II, pero se procuró ir suministrando poco á poco los que se pudiese.

4. Decidida, pues, la jornada, fueron señalados para ella los PP. Pedro Martínez y Juan Rogel, con el Hermano coadjutor Francisco de Villarreal. Dispusieronse todos tres con extraordinario fervor para la empresa, especialmente el P. Pedro Martínez, que parecía tener presentimiento de la corona del martirio que le aguardaba. Ya referimos en el tomo primero la singular vocación de este Padre á la Compañía (3). En 1558 había estado en el África en el ejército conducido por D. Martín de Córdoba, Conde de Alcaudete (4). Terminada aquella desastrosa campaña, el P. Martínez fué destinado á la casa de Toledo, de donde más adelante pasó al colegio de Alcalá.

(1) Esta cédula, de que se ven copias en nuestro archivo, fué publicada por el P. Alcázar (*Cronohistoria de la Prov. de Toledo*, t. II, p. 145.)

(2) *Epist. Hisp.*, IX, f. 700.

(3) Véase la p. 392.

(4) *Ibid.*, I, f. 236.

Aquí vivía santamente, cuando en 1566 fué nombrado misionero de la Florida. El P. Juan Rogel era natural de Pamplona, donde nació hacia el año 1528, y había entrado jesuíta en Valencia el año 1554. Muy pronto sintió deseos de pasar á las Indias, y nos consta que ya el 20 de Agosto de 1560 había escrito al P. Laínez, rogándole encarecidamente le enviase á evangelizar á los infieles (1). Finalmente, el H. Villarreal era de Madrideojos. El P. Avellaneda, Provincial de Andalucía, los llevó á Sanlúcar, donde los dejó embarcados y bien provistos de todo lo necesario. «Nuestro Señor les ha proveído, escribe Avellaneda, de todo lo espiritual y temporal que era menester para viaje tan importante, y no aguardan otra cosa sino tiempo. En ésta va un traslado de algunas cédulas que el Rey envió para que les proveyesen á su costa de todo lo necesario, como se ha hecho, sin lo que Pedro del Castillo, lugarteniente de D. Pedro Menéndez, tan liberalmente les ha dado de ornamentos cumplidos para decir misa, y muy buena copia que llevan de libros, en que han gastado cerca de cien ducados á costa de D. Pedro Menéndez» (2).

Hiciéronse á la vela los tres misioneros el 28 de Junio de 1566 (3). Iban en la flota que llevaba refuerzos á la Florida. Caminaron juntas todas las naves hasta la entrada del seno mejicano, y entonces, siguiendo las demás hacia Santo Domingo, torció el rumbo la que llevaba los Nuestros, que era una urca flamenca, y se llegó al puerto de la Habana. Aquí se detuvieron algunos días, buscando algún práctico que dirigiese la nave al puerto de San Agustín de la Florida. Como no lo pudieron hallar, tomaron los flamencos por escrito la derrota y se hicieron á la vela. Ó fuese mala inteligencia de los navegantes, ó que estuviese errada la carta náutica que tomaron en la Habana, anduvieron casi un mes vagando por aquellos mares, hasta que el 14 de Setiembre se hallaron á diez leguas de una costa desconocida (4).

Ocurrióseles, como era natural, enviar en el esquife algunos hom-

(1) *Regest. Laínez*, 1559-1564, p. 244.

(2) *Epist. Hisp.*, IX, f. 704. Cádiz, 7 de Junio de 1566.

(3) *Ibid.*, IX, f. 472. Avellaneda á Borja. Cádiz, 4 de Julio de 1566.

(4) Algunas pequeñas diferencias cronológicas hemos encontrado en los autores al tratar de estos hechos. Nosotros ponemos todos los datos según el documento más antiguo y autorizado que existe, cual es la relación del P. Rogel, empezada en Montecristi el 10 de Noviembre de 1566, y terminada en la Habana el 30 de Enero de 1567. Es una minuciosa descripción de todo lo ocurrido á los misioneros desde que salieron de Sanlúcar hasta el día en que se cierra la carta. (*Epist. Hisp.*, X, Dos ejemplares al principio del tomo.)

bres para reconocer la tierra y entenderse, si era posible, con los naturales. Nombró el capitán á unos cuantos hombres para esta empresa, pero ellos se resistían á tomarla si no iba con ellos el P. Martínez. Cuando el misionero entendió lo que se trataba, saltó resueltamente en el esquife. Siguiéronle dos españoles, uno de los cuales se llamaba Flores. Tras ellos saltaron seis marineros flamencos, y, por fin, el escribano de la nave, á quien llama el P. Rogel flamenco españolado. Éste debía servir de intérprete entre los españoles y flamencos.

5. Apenas el esquife había llegado á tierra, cuando se levantó en el mar una brava tempestad que apartó la nave muy lejos de la playa, y después de agitarla varios días por aquellos mares, la dejó, por fin, cerca del cabo que llamaban del Cañaverál. Pasada la tormenta dirigióse la nave, donde iban el P. Rogel y el H. Villarreal, primero al puerto de Montecristi, y algún tiempo después á la Habana. Y entretanto, ¿qué había sido del P. Martínez y de sus nueve compañeros, abandonados en la costa de la Florida? Como no descubrieron al pronto vestigio de españoles en aquella tierra, echaron á andar á la ventura por la costa para ver si encontraban algo. Apenas tenían más alimento que algunas yerbas y raíces que recogían en los campos. Al cabo de algún tiempo tropezaron con varios indios, de quienes pensaron entender hacia dónde caía el fuerte de San Agustín. Dirigiéronse allá bogando por la costa en su esquife, y al llegar á una isleta descubrieron á cuatro jóvenes que estaban pescando. Eran estos indios tacatucuranos, nación que estaba entonces en guerra con los españoles.

Deseando algunos flamencos entenderse con estos pescadores, para pedirles algo de comer, saltaron en tierra y se dirigieron á ellos. Fueron bien recibidos por los indios, y con esto se animaron á desembarcar todos los que quedaban en el esquife. El P. Martínez, enarbolando el crucifijo en la punta de una lanza, salió con los suyos y se dirigió hacia el sitio donde se mostraban los indios. Encontráronse con una choza donde había un gran pez. Tomaron la mitad de él para satisfacer el hambre, y en recompensa dejó el español Flores una cajetilla y una gargantilla de cuentas de vidrio (1).

(1) Sacchini y otros autores dicen que dejó la capa, pero nosotros ponemos las prendas que designa Pedro Alonso López de Almazán, cuñado de Flores, en la relación que envía de este suceso. (*Epist. Hisp.*, IX, f. 463. Isla de Santo Domingo, 1.º de Diciembre de 1566.)

Volvieron alegres al esquife y siguieron bogando por la costa. Otro día aparecieron más indios, á los cuales el Padre pidió, por señas, de comer. Corrieron éstos tierra adentro y volvieron al poco rato con buena cantidad de maíz y de pescado. Para corresponder á este obsequio sacó el Padre un pergamino, y con unas tijeras formó una especie de imagen. Con esta obra artística y con un jubón y unas medias calzas se dieron por pagados los indios. Otras dos ó tres veces repitióse esta escena, en que los españoles ganaban de comer entregando á los naturales alguna prenda de vestir.

Por fin, un día se acercaron á la playa, donde vieron gente que los recibió bastante bien; pero notaron que un indio huyó disimuladamente la tierra adentro. Alguna sospecha infundió esto. Mandó el P. Martínez á Flores que observase la gente que asomaba. Salió Flores del esquife, y, penetrando un poco en tierra, vió que á la deshilada iban acercándose indios de cara sospechosa. Volvióse á la barca y dijo al P. Martínez: «Padre, no son estas caras de amigos, larguémonos hacia el mar.» El misionero hizo que se avisase del peligro á varios flamencos que andaban en tierra. Mientras éstos se recogían, una docena de indios habían ido entrando en la barca y parecían entretenerse en observar con pueril curiosidad los objetos de los europeos. Cuando creyeron llegado el momento oportuno, súbitamente acometieron al Padre, y levantándole en peso, saltaron al agua y le arrastraron á la orilla. Allí empezaron á darle golpes atropelladamente, y cuando el Padre, haciendo esfuerzos, hincó las rodillas en tierra, uno de los indios le aplastó la cabeza con su macana. También fueron muertos tres flamencos que andaban en tierra. Los restantes y los dos españoles se defendieron á cuchilladas de los indios que se acercaban al esquife, y arrastrando á éste á alta mar, lograron ponerse en salvo entre las flechas que les disparaban los bárbaros. Era el 6 de Octubre de 1566 (1).

Feliz augurio fué para los trabajos de la Compañía en las Indias españolas el empezarlos por un martirio. Los que escaparon con vida salieron á la mar, y bogando á lo largo de la costa, des-

(1) Dos relaciones tenemos de este martirio, una escrita por Pedro Alonso López de Almazán, pariente del joven Flores, y enviada á San Francisco de Borja con fecha 1.º de Diciembre de 1566. Los datos son los que le suministró el mismo Flores. La otra es la del P. Rogel antes citada. La relación del martirio la pone tal como la oyó á uno de los flamencos que escaparon con vida. Ambas relaciones convienen en la sustancia y en los principales pormenores. El P. Rogel añade que fué muerto también el otro español que iba con Flores y se llamaba Rivera.

cubrieron un puesto de soldados españoles del Adelantado Pedro Menéndez. Habiendo descansado allí algún tiempo, se dirigieron á la Habana.

6. Mientras el P. Pedro Martínez vertía su sangre en la costa de la Florida, el P. Rogel y el H. Villarreal, agitados por la tempestad en la nave flamenca, tomaban puerto en Montecristi, pueblo de la isla Española. Allí enfermaron los dos y fueron bien asistidos por una familia de españoles que los albergó. «Los huéspedes que teníamos, dice el P. Rogel, eran de muy grande caridad, que días y noches nos servían como si fuéramos sus hijos» (1). Repuesto de su achaque, pudo el Padre predicar algunos sermones y hacer algún bien en aquel pueblo. El 25 de Noviembre de 1566 partióse para la Habana, y después de gravísimos peligros desembarcaron en este puerto el 10 de Diciembre. El tesorero del Rey, grande amigo del Adelantado Pedro Menéndez, salió á recibir á los Nuestros, les obsequió como pudo, y para hospedarlos les buscó una iglesia con algunos aposentos contiguos, donde pudiesen estar con independencia y ejercitar el Padre los ministerios de la Compañía. Había escrito el Adelantado á la Habana que cuando llegase el Padre podría pasar á la Florida y desembarcar en la provincia de Caalus, ó, como decían vulgarmente los españoles, Carlos. Proponía también en la carta, que si el Padre lo juzgaba mejor, se esperase en la Habana hasta que él mismo fuese á introducirle en la Florida.

Fué necesario adoptar este segundo partido, pues el Padre y el Hermano recayeron en su enfermedad luego que pusieron los pies en la Habana. Mientras esperaban la venida de Avilés, empleóse el Padre en dos ocupaciones muy apostólicas. La primera fué en catequizar á varios indios traídos de la Florida y en aprender cuanto pudiese el idioma de ellos. «Comenzado he, dice, á hacer el vocabulario de la lengua de Carlos; pienso proseguirlo allá por medio de un español que me dicen que está allí» (2).

La otra ocupación fué el santificar cuanto podía, así á los españoles como á los negros, que abundaban en la Habana. Sentía grande aflicción el P. Rogel al ver la muchedumbre de negros que trabajaban en las Antillas y la suma ignorancia y abandono en que vivían. «Me dicen, exclama, que en la isla Española hay más de trescientos

(1) En la carta anterior que va dirigida al Provincial de Andalucía.

(2) *Idem, Ibid.*

mil negros, y pluguiese á Dios que de mil, uno supiese lo que está obligado á saber un cristiano» (1). Bueno será dejar consignado el nombre de este fervoroso P. Rogel, que fué el primero en llamar la atención de la Compañía hacia este ministerio gloriosísimo de evangelizar á los esclavos negros, en el cual debía ilustrarse tanto, medio siglo después, San Pedro Claver.

Con el celo del Padre misionero se hizo bastante bien en la Habana, y trataron muchos de detenerle en aquella ciudad; pero el P. Rogel creyó poco digno desamparar la misión de la Florida, adonde primeramente se les había enviado. Dirigióse, pues, á ella, en compañía de Menéndez de Avilés, poco después de escribir la carta citada, y desembarcó todavía en el invierno de 1567. Triste era el aspecto de aquella colonia. El Adelantado se embarcó entonces para España, de donde esperaba volver con nuevos refuerzos de gente y municiones para asegurar la conquista. Quedaban en la Florida unos dos mil españoles, repartidos en siete ú ocho fortalezas, y reducidos á grande necesidad por falta de provisiones.

7. Así las cosas, lanzóse el P. Rogel á tratar con los indios, y el H. Villarreal, establecido en el fuerte de Tequesta, empezó á aprender el idioma del país. Estériles fueron las primeras tentativas. El P. Rogel tenía un poco de maíz y algunos donecillos que le había regalado el Obispo de Yucatán. Atraídos con ello los indios, oían la doctrina, pero cuando se acabó el maíz se acabó también la asistencia. Cierta cacique, á quien se logró convertir y se preparaba para el bautismo, tampoco perseveró, y así el Padre como el Hermano prolongaron una existencia penosa durante el año 1567 y principios del 68.

En este año se determinó en España enviar nuevo refuerzo á esta misión. Con los informes un poco risueños que el Adelantado dió de la Florida, y con la noticia del martirio del P. Pedro Martínez, se enfervorizaron los jesuitas españoles, y el santo General pudo disponer una expedición de seis individuos, que fueron los PP. Juan Bautista de Segura, Gonzalo del Álamo y Antonio Sedeño, con los HH. Juan de la Carrera, Pedro Linares y Domingo Agustín. Acompañábanlos varios jóvenes pretendientes de la Compañía (2). Nótese

(1) *Idem, Ibid.*

(2) Algunos de estos jóvenes debieron ser admitidos en religión, luego de llegar al término de su viaje, porque luego aparecen los nombres de algunos Hermanos, que antes no conocíamos.

este fenómeno singular, que hoy nos parecería extraño y entonces se veía algunas veces. Jóvenes fervorosos pretenden entrar en la Compañía, y los superiores, dudando de su aptitud y, sobre todo, de su constancia en la vocación, les diferan la entrada. Entonces los postulantes piden acompañar á los Padres en las empresas más duras y arriesgadas, para dar muestra de su firmeza en la vocación. Admitidos á la prueba, sirven á los misioneros en los oficios domésticos y en enseñar el catecismo á los niños, se curten en los trabajos, y logran, por premio de su virtud, el vestir la sotana de la Compañía. Alguna vez se dió el caso de que estos postulantes conquistaran la palma del martirio juntamente con los Padres. Menéndez de Avilés debía llevarlos á todos á la Florida.

8. Mandó San Francisco de Borja que esta expedición se juntase con otra que se disponía para el Perú, y que durante el viaje fuese superior de todos el P. Jerónimo Ruiz del Portillo, nombrado Provincial del Perú y que entonces residía en Sevilla. Este Padre, al emprender el viaje, nombró Viceprovincial de la Florida al P. Bautista Segura. Salieron todos los misioneros de Sevilla el 13 de Marzo da 1568 (1), pero hubieron de detenerse cerca de un mes en Sanlúcar de Barrameda. Otra detención notable hubieron de hacer en las Canarias. Por fin, separándose el P. Segura con los suyos de los Padres que iban al Perú, y haciendo breves paradas en Puerto Rico y en la Habana, dió vista al fuerte de San Agustín de la Florida el 19 de Junio. «Recibiéronnos, escribe el P. Sedeño, con grande alegría los cristianos del fuerte de San Agustín. Estaban puestos en mucha necesidad y habían padecido mucha hambre, y estaban hechos pedazos y tan mal tratados, que era compasión verlos» (2). El P. Rogel vino á juntarse con los recién llegados, y contó al P. Viceprovincial el poco fruto que había podido conseguir en más de un año de fatigas. Doloroso era el estado en que se hallaba la colonia. Habían sido destruídos algunos fuertes, habían muerto bastantes españoles, y los que quedaban se iban presentando á Menéndez de Avilés pálidos, flacos, desnudos y llegados al último extremo. Proveyóseles por de pronto de vestido y alimento, y después se les dispuso para una confesión y comunión, con lo cual ganaron un jubileo que llevaban los Padres.

(1) Todos los datos que siguen los tomamos de una carta del P. Sedeño, escrita en la Habana el 17 de Noviembre de 1568. (*Epist. Hisp.*, XIII, f. 528.)

(2) *Idem, Ibid.*

Reconoció el Viceprovincial que no podía perseverar tanto número de misioneros en la Florida sin ser gravosos á los españoles y á los pocos indios amigos, que apenas tenían lo necesario para vivir. Determinó, pues, volver con su gente á la Habana para disponer allí mejor las cosas, dejando en San Agustín á un Hermano coadjutor y á tres de los postulantes (á los cuales el P. Sedeño llama manebos de la doctrina) para que aprendiesen la lengua de los floridanos y dispusiesen algún género de habitación.

9. Recogidos todos los demás en la Habana, pensó el P. Segura que sería bien fundar en esta ciudad un colegio que fuera como centro de operaciones, para extenderse de allí, no sólo á la Florida, sino á otras islas del Océano y puntos del continente. Aprobó el pensamiento Menéndez de Avilés, y mientras se discurría sobre los medios de ponerlo en ejecución, aplicáronse los Nuestros en la Habana al cultivo espiritual de los prójimos. Unos catequizaban á los esclavos negros que tanto abundaban en la ciudad, otros instruían á los niños indígenas, y, sobre todo, se procuró, con pláticas, sermones y otros ejercicios de piedad, restaurar el espíritu cristiano de los españoles, que estaban bastante olvidados de sus deberes religiosos. «Estaba, dice el P. Sedeño, esta tierra perdida, viviendo con gran libertad en todas las cosas, como viven por ordinario en estas partes, y con lo poco que ha que está aquí la Compañía, se han ido refrenando de suerte, que se ve notable diferencia. Ya se ve en las fiestas principales y domingos en nuestra iglesia comulgar muchos, que pone admiración á los que cada año les parecía ser á menudo, y los soldados, que no suelen de ordinario ocuparse mucho en esto, frecuentan mucho las confesiones y se vienen á nuestro colegio cada día para leer ú oír leer libros espirituales. Sea bendito nuestro Señor de todo» (1).

En medio de tan gloriosas fatigas, el P. Juan Bautista de Segura tenía siempre vueltos los ojos á la Florida, y se preparaba de nuevo para penetrar en ella. Entraba ya el año 1569, y dejando en la Habana al P. Rogel con los HH. Francisco Villarreal, Juan de la Carrera y Juan Salcedo, para continuar el trabajo de las escuelas, pasó con los restantes al continente. Llegado allá, destinó al P. Sedeño con un Hermano al fuerte de Guale, poco distante del de Santa Elena, donde trabajaban también los HH. Domingo Agustín y Pedro

(1) *Idem, Ibid.*